

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 31 DE OCTUBRE DE 1920

NUM. 19.264

* * * BOHEMIA DE ORO * * *

LA SIRENA DE LO IMPREVISTO

COMPRENDES ahora la fascinación de la sirena? Tú, la aristocrática, la blanca Madona, el lirio heráldico, has saboreado el licor del ensueño en la copa nocturna. Viniste a mí atraída por el son de oro de los versos, acaso porque creíste ver pasar la gloria... Verdaderamente, tú viniste a mí hechizada por la sirena de lo Imprevisto...

Abandonaste tu blanco palacio, en la ciudad muerta y señorial, por el encanto picante de las alcobas donde hay una eterna resonancia de besos y un aroma nupcial... Toda blanca y dorada, con tu cabello magdalénico, como un áureo toisón sobre tus terciopelos solemnes, sobre tus rasos litúrgicos, sobre tu gola rizada—lirios y cisnes, exaltación de la albuja—junto al marfil de tu garganta. Toda enlutada y blanca, emperatriz de las divinas rubias, te hundías en la noche en tus cabellos como sacerdotisa de un rito tenebroso, y la luna bohemía fulgía lo mismo que una joya fabulosa de Oriente.

¡Cantaba en nuestras horas la sirena de lo Imprevisto! Doña Moral acaso vertía su lágrima hipócrita; pero la Primavera triunfaba con sus besos y con sus rosas. Tú me diste tus veinte años como un gran ramo de magnolias. Yo puse ante tus plantas todo el oro de mis sueños, como los capitanes de la Conquista pusieron el refulgente Perú a los pies de las reinas españolas. En mi Eldorado siempre hubo sueños áureos para ti; tú me dabas tus labios, tú me dabas tu cuello de marfil y tus senos magníficos de rubia dogaresa, que en mi sangre encendían la sed del inefable *Cantar de los cantares*.

Yo vi viva en tu rostro la risa de Gioconda, como la rosa de la vida. Yo vi en tus ojos garzos la luz del más allá. Tu boca, llama, áspid y frenesí en las magníficas apoteosis del amor, sabe también el místico lenguaje y me habla de los jardines irreales y de las flores maravillosas del reino azul, donde todo es translúcido, luminoso y silente. Porque tus ojos, de luces sobrenaturales, atraviesan la puerta funeral y miran lo que nadie ve.

La ciudad de los parques en las noches de luna, la ciudad de las negras callejuelas donde aulla la canalla, vieron nuestras dos sombras ilusionadas. Mi gran sombrero de poeta se juntaba con los adornos de tu sombrero ducal. Mi capa flotaba al viento junto a tus armiños y tus terciopelos. Tu mano blanca y milagrosa era en los barrios de la

canalla como la mano de Santa Isabel, ungida con una gracia de eternidad. Tu señorial figura se alargaba en los parques y tus ojos brillaban en la sombra cual dos luciérnagas fantásticas.

Muchos días estuvimos juntos, completamente solos. La gente preguntaba: ¿Quién es esa maga rubia, esa haça de

mia moderna que fabrica el oro con la bolita de la ruleta. Nos hicimos hermanos de la masonería del tapete verde, sin nuestra cofradía que amasa su oro con lágrimas, deshonras y sangre de suicidas. Jardines galantes con cenadores en la umbría, música de zinganos—pobres músicos vestidos de máscara, tragicomedia de la calderilla, junto al oro loco

barrio conventual del Sacramento. Vagamos lentamente, viviendo un sueño de consejas ante las casas embrujadas, evocando una hora de la Historia ante los palacios con escudos, oyendo los campanarios de los iglesias. Canta la sinfonía orquestal de las campanas. La de San Pedro, que ahuyenta a los demonios; la de San Andrés, que tocó en el entierro del Santo Labrador; la de San Justo, donde se refugió Antonio Pérez huyendo de los celos del Rey. Madrid tiene un encanto de leyenda. Ella y yo sabemos que vamos a encontrarnos con la Santa Hermandad... y huimos hacia los suburbios, debajo del Viaducto, donde hay tabernas de ladrones, y cafetines donde los vagabundos duermen en el suelo. Todos estos antros del horror se perfuman al pasar su belleza.

La música, los versos, la pintura... Juntos nos hemos emocionado oyendo la *Pastoral*, viendo las brujas de Goya y leyendo a Rubén. La *Andreida*, del magnífico poeta Williers de l'Isle Adam, nos sumió en hondos sueños de mecánica y de misterio. Otras veces, en la complejidad de nuestra vida, visitamos las capillas de lo sobrenatural. Un grave doctor en Teosofía llegó a florear como un cadete. Tu magnífica juventud inquietaba a los pálidos oficiantes de las misas del diablo, y parecías la Primavera llenando de fragancias las catacumbas de los místicos cardenales.

Has dormido sobre mi corazón muchas noches, estatua de alabastro, con fragancias de nardos y jazmines. Y el Ángel de la Anunciación se te apareció un día con el lirio en la mano.

Bohemia galante, bohemia dorada. Idilio de dos aristocracias: la del blasón y la del arte. A veces se hacen un nudo dos vidas, tan fuerte, que la Muerte mella su guadaña cuando llega la hora...

¡Llena eres de gracia, llena eres de ensueño, llena eres de luz, sortilega de los ojos cambiantes, a quien escribí versos como oraciones! Desde el fondo de tu ciudad muerta, llena de llanto de campanas y de grises conventos, acaso piensas en tu poeta. La vida es gris, como un eterno y desesperante crepúsculo de otoño.

Emperatriz de las divinas rubias, ¿no oyes en tu severa mansión la voz de la sirena de lo Imprevisto? Tu nombre bien merece la inmortalidad del Arte. ¡Oh, si yo pudiera, mi María del Mar!...

Emilio CARRERE

Ilustración de Hermúa.



la juventud que va con el poeta absurdo y noherniego?

Vivimos toda la vida. La sirena de lo Imprevisto nos llevó por la senda de todos los sueños y de todas las sensaciones. Caímos en las cavernas del Azar; nuestro oro se fué y volvió con la raqueta de Tagarote. Vimos danzas de apaches elegantes y de duquesas decadentes. *Fantomas* miraba tras de su monóculo las joyas de las cocotas enfermas de literatura y de cinematógrafo. Como conocíamos la *Geometría y metafísica del Azar*, de Pascal, vencimos a Tagarote y vivimos alegremente de esa alqui-

que se derrama a los pases del bacarat—, focos de luz lechosa, bajo los cuales las cocotas pintadas parecen amables espectros de voluptuosidad.

Paseatas por los museos y ensimismamientos en las bibliotecas. ¡Oh, el encanto de leer un bello libro junto a una mujer hermosa a quien adoramos! Y las noches en los cafés de barrio, donde un piano toca arias antiguas y sentimentales y un grupo de poetas con melenas toma cafés con media y blasfema de la literatura. Madrid de noche, negro, negro... Un reloj da una hora que cae como una lágrima sobre la Morería, sobre el

IMPRESIONES DE UN LECTOR

LIBROS DE VERSOS

Lasso de la Vega.

RAFAEL Lasso de la Vega siente la poesía en tono menor. Un dulce pesimismo — ¡oh, paradoja! — se desprende de sus composiciones. ¿Dulce pesimismo? Sí. Una resignación poética; mejor, una complacencia en sacar, como una abeja el néctar, la poesía de la tristeza, la elegante divagación de la melancolía.

Cuando un crítico se dispone a juzgar una obra de concepto, su trabajo consistirá en una especie de diálogo platónico con el autor. Si quiere comentar una obra de humanidad—novela, drama, reconstrucción histórica—, discutirá con los personajes evocados o creados, combatirá imaginariamente con ellos o se sentirá arrastrado en su ola de pasión; los derribará, tal vez, como muñecos de feria, si no siente bajo sus figuras ninguna palpación vital.

Pero cuando el crítico tiene abierto ante su pluma de escoliasta una colección de poemas, entonces desea abandonarse a la sugestión que de ellos sube como un incienso, por el doble impulso inicial de la imagen y del ritmo. Creo haber definido así esa función del crítico: «continuación personal de la inspiración ajena, la del autor leído.» Parece que cada poeta ofrece al lector un lugar diverso, propicio a ese contagio de exaltaciones. Para el lector de Walt Whitman, (por ejemplo), ese lugar será una plaza de gran ciudad, con su germinación eterna de vida; para el lector de Francis Jammes, muy al contrario, será el apacible rincón doméstico, bajo la lámpara de familia, dulcemente divina como un lar. Y así podrá ofrecerse alternativamente a los lectores, según cual sea el poeta leído, el viejo salón de los palacios venerables o el cortijo sonoro de laboreo agrícola y de balidos georgicos o la selva multiforme, proteiza, en su inmensa escala diatónica a través de los tiempos, desde Dante a Sigfrido.

La lectura de Rafael Lasso de la Vega, cuyo libro *El corazón iluminado y otros poemas* tengo abierto ante mis cuartillas, se ofrece a mi fantasía como en un parque palaciego, lleno de misteriosos recodos que invitan a la confianza y al amor; lagos ocultos entre arboledas señoriles, rizados por la marcha cadenciosa de los cisnes; surtidores rumorosos que recaen sobre conchas de ágata sostenidas por torsos marmóreos de mujer; visiones de arabescos a lo largo de avenidas, sobre las cuales se tiende el ramaje de los laureles y de los evónimos.

¿Es un poeta andaluz? Lo es un sentido muy diverso de las antiguas escuelas clásicas de Andalucía, tan retóricas, tan profusas y disertadas. Lo es por su triple fusión de amor, melancolía y languidez árabe, que os acaricia con un sentido aristocrático del epicureísmo, renovando uno de los temas conductores de la poesía horaciana.

Se ha dicho que la *Saudade* es el alma de la poesía galaicoportuguesa. Lasso de la Vega tiene por nota inicial, para el diapason de su estro, la añoranza, la reminiscencia platónica de una vida pura de poeta. «Nostalgias de un tiempo de infancia y de mito. Nostalgias misteriosas de algún mundo mejor.»

“El recuerdo lejano que en nuestra mente aviva, como luz en la sombra, el alma sensitiva que perfuman las rosas de la inmortalidad.”

Sus rosales no son anacreónticos; pero los ha regado el Betis con un doble

sentido de elegancia escéptica, heredada de Roma, y plañido elegiaco, heredado de los emires ixilitanos. El eco de Propertio y de Al-Motamid, a un tiempo...

“¡Ah, si hubiera un sendero para mis hondos [males] que alejara mi vida del presente sin gloria; un camino muy bello, con floridos rosales, que llevara mi alma a una selva ilusoria!”

Ahí tenéis, en suma, los motivos de esa sinfonía única, verdadero monólogo musical de este poeta. Sus estrofas

caen a modo de gotear de fuente en un ánfora cordobesa que llevaremos luego a nuestros labios sedientos, y hallaremos en sus bordes el perfume de las rosas caídas en aquellos jardines

“¡lentos de músicas, de rosas!”

O tal vez lo que creímos goteo de manantial es un rumor de llovizna en el sendero de las acacias de María Luisa, o acaso caída de lágrimas sobre hojas secas, al modo romántico, en la gloria donde se ha refugiado el autor, agobiado por el peso «terrible y dulce de vivir...»

Por momentos flota en el aire sutil un eco rubeniano:

“...¿Para qué nacimos, y después dónde iremos por esos mares lóbregos, ya exangües y desnudos?”

Otras veces se levanta la sombra del Musset de *Las noches*:

“Pero quizás existe siempre, bajo la noche, allá en la lejanía, alguien que tiene un alma gemela de la mía...”

Y luego retorna la imagen desesperada y anhelante:

“¡Oh, navegar sin rumbo por estos mares fieros!”

Alguna imagen ha nacido de un arbitrarismo funambulesco, con alguna cacofonía rítmica:

“Ocio, quietud, olvido de las horas; negligencia amarilla y armoniosa.”

Y como si la fluctuación del poeta quisiera mostrarnos en dos opuestos estados de alma el artificio interior, y la refinada convencionalidad de sus lamentos, dice un desgarrado epifonema:

“¡Ah, pero lo peor es saber que ni aquí ni en parte alguna tiene remedio mi pesar!”

Cuando en otra página anterior he dicho, felizmente, sugiriéndonos aquella *alba de oro* de que habló el gran Rubén:

“Pero mi juventud es fuerte y pura. ¡Nuevas auroras me dará la vida!”

Al final de ese volumen hay unos primorosos sonetos parnasianos. Uno de ellos, mejor por la nobleza del sentimiento reflejado que por la novedad de la inspiración, canta la gloria de Bolívar. Otro, muy sentido, muy evocador, como un espejismo glorioso al que acompañarán sonoridades vespertinas en un puerto fantástico, es el titulado *Ciudad soñada*.

Rodolfo Gil.

Debo también un comentario a otro poeta amigo: Rodolfo Gil. Su colección titulada *Mirtos* nos ofrece un reflejo de bien diversas inspiraciones: la más notada es el tono popular de nuestros romances, principalmente en su forma lírica o de decadencia, tan apta para la gentileza amorosa. Otra de esas influencias es la anacreóntica, el mariposeo juguetón, verboso y jovial; otra es la herencia morisca, extraño injerto de las vides báquicas en la severidad islámica, bajo el sol de Andalucía o en el remoto contagio horaciano de Omar Kayyam, Falerno escanciado sacrilegamente en la copa de Firdusi, sobre el suelo persa, propicio a todas las contaminaciones. Otras, en fin, descubren cierto prestigio de apagadas ritualidades orientales, algo a la manera gitana, o tal vez adquirido por el autor en su contacto espiritual con los judeo-españoles de Oriente, que han conservado en el destierro, como un fuego vestal, como una candileja doméstica siempre encendida, modelada en barro de España, el idioma de la ingrata Castilla. Así la eterna imagen salomónica:

“Sus amores son mejores que el más oloroso vino”,

transportada al tono popular del Romancero, se avecina, cortando la hoguera sortilega de San Juan, con la ufania zorrillesca:

“Voy a ti como impaciente corre a los mares el río...”

Finalizan el pequeño volumen unas traducciones dispersas: la mejor, para mi gusto, es la que forman las endechas consagradas a *La noche*, transcripción del sueco Werner von Heidenstam.

Gabriel ALONSO

SONETOS

EL PEREGRINO

La ciudad, llena de luna, de silencio, nunca duerme; la campana da las dos, da las tres—sueño de notas—: inquietud nerviosa y áspera de sentirse sola, inerme... ¡Oh, ciudad vetusta y muerta de recuerdos y devotas!

Vive tú como la vieja, solitaria y triste urbe... ¿Que amo a otra? A ti también te amo. ¿Qué importa? El estímulo te doy que tu alma lánguida perturbe. ¡Vive ajena al medio ambiente; en mí sólo, sólo absorba!

¡Sufre y llora! Amor es eso: ¡Sol y sombra, noche y día! En la mano temblorosa, mudo el labio, el paso lento, lleva el lirio perfumado de febril melancolía,

dulce símbolo, medio bíblico y pagano, de las Evas... ¡Llora y gime y detéstame, desgarrado el pensamiento, que el peligro de perderme te dará ilusiones nuevas!

CONVALECIENTE

Cual la Récamier, de David, en su silla-longa, tu cuerpo modelábase ondulante en el lecho; el crepúsculo daba a tu alcoba cuadrilonga no sé qué de sarcófago tenebroso y estrecho.

Tu cuello de cisne, como el de la Simoneta de Sandro Botticelli, para oírme se encorbaba, y tu voz insinuante, lejana—eco de tu alma inquieta—, de una melancolía vespertina mi corazón llenaba.

La sombra te invadía y el sol, roto en dibujos, jugaba en tus paredes como si dedos brujos jeroglíficos trémulos trazasen en la piedra...

¡Y nuestras pobres almas, en un beso fundidas, buscaban otros sueños, buscaban otras vidas, como, enredada al tronco, busca la luz la yedra!

DESPUES...

¡Envuelto en tu revuelta cabellera leonina, tu cuerpo, de una Ménade, de Scopas, en mis brazos en mis ojos bebiendo nostalgias tu retina, mi pasión convulsiva se desgrana a pedazos!

Como un escalofrío de llamas, carne rubia, ibas de mis anhelos despertando la fiebre. ¡Oh, de tus labios secos la abrasadora lluvia! ¡Oh, boca, de mis ansias libertinas orfebre!

Y en horas sin horario, muriéndonos en vida, oyendo en el cansancio la voz del *Miserere*, la noche entre los brazos se nos quedó dormida...

¡Y fué una noche corta y fué una noche larga, y, cuando ya despierto, pensé que todo muere, sentí la boca, aun llena de tus besos, amarga!...

Emilio BOBADILLA
(Fray Candil.)

ARTES DE ALTANERÍA Y VENACIÓN

ARTES de altanería y venación titúlase las prácticas cinegéticas que por estos meses en que vence el año se llevan a cabo por los que tienen la caza como ejercicio de habilidad, valor y destreza, más que como tesón o resistencia en perseguir a medrosa perdiz o en acosar a temeroso gazapo.

Pasó el acarrear la manada y el abolear el grano. Son días en que el oro de otoño lo entona en ocres cálidos, y lunas las de octubre en que, al decir de Rojas,

suelen salir cazadores
a esperar los jabalíes.

Es tiempo en que la potranca salta y retoza sobre terreno de pasto sin pastar y el labriego da vuelta al sarraceno, a la esparagula y a la mostaza blanca.

Epoca bella de campestres gozos es la otoñada. Reyes y Príncipes, nobles y plebeyos, señores y vasallos pusieron sus afanes y deleites en hacer de la lucha del hombre con la fiera arte reconocido, en que las argucias del uno para el ataque y el instinto de defensa de la otra quedan sometidos a reglas y avisos, que no por fijos y rigurosos quitan su encanto indefinible a este deporte.

Por más galano, menos cruel y más dado a femenil atracción, fué siempre el arte de cetrería y volatería atendido y preferido por damas y doncellas, que, montadas en noble palafreñ o en muletas de suave andadura, recibían al gavilán, al neblí o al tagarote sobre su antebrazo, bien recubierto por la lúia, y de su acerada uña tomaban su prisión, luego de haber hecho gala el ave adiestrada de precisión y oportunidad para caer sobre la presa. El animal de rapiña, encapirotado y cubiertas de cascabeles de plata sus patas, esperaba a que se le descubriese, lo que se hacía cuando la perdiz, la garza o el ánade habían iniciado el vuelo. Entonces el halcón, dejando el brazo que le sustentaba, se remontaba sobre la pieza y, describiendo graciosos círculos, atento de continuo al señuelo, gozábale en el azoramiento y temor del animalejo, rendido y entregado, que pronto quedaba sometido por la garra que le diera alcance. Dueño de la caza, el azor o el halcón tornaba al brazo de la dama.

Cumplida su misión, y ya en la casa, el mimado animal, que tal vez llegó de Túnez como preciado presente, colocábase en su alcándara con sus pihuelas de baldres y la lonja añadida a ellas. Ave cazadora de tan sabias mañas era tenida en tanto mérito y estima que ocasiones hubo en que para asegurar su mantenimiento y evitarle males dedicáronse a ello buen número de nobles o prácticos en el arte de volatería, y no fué de los menos nombrados aquel paje de lanza o doncel del Rey D. Pedro, en 1353, Pero López de Ayala, que impu-



CAZA DE ALTANERÍA.—Plancha de la colección «Caccia di diversi animali», grabada en Roma en 1609 por el célebre Antonio Tempesta

so en el difícil arte de apresamiento de aves lo mismo al Infante D. Fernando de Aragón que al de Trastámara. Y como también se tenía a López de Ayala como varón versado en ciencias y letras—así lo afirma de él Fernán Pérez de Guzmán, diciendo que de igual modo leía y comentaba a Tito Livio, que a San Gregorio, que a Boecio—, fuele sencilla tarea, aguijoneado por sus entusiasmos, no menores que su saber, formar, cuando le dejaron libres los pasatiempos de amor—«pues amó mucha a mujeres, más que a tan sabio caballero como a él se convenía», el famoso «Libro de las aves de caza e de sus plumajes e dolencias e melecaminientos», que posteriormente fué en mucha parte recogido en otro importante cuerpo de consulta, redactado por el cazador Johan de San Fagund, experto que a sus órdenes tenía el Rey D. Juan II de Castilla, a quien se le juzga también como gran perito y hábil amaestrador de

aves. Y que fué, sin duda alguna, tenido el arte de la Sabio y a su sobrino, el Príncipe Don Juan Manuel, el hecho de la atención que merece a Don Alfonso el aSbio y a su sobrino, el Príncipe Don Juan Manuel, que redactan o inspiran tratados, en donde se comprenden las prácticas de cetrería y montería o venación.

Carlos IX era también muy diestro en tal deporte, y compuso «La caza del ciervo», volumen documentado, en cuya redacción le auxilió su secretario, Nicolás de Neuville, y que Su Majestad tuvo a bien dedicar al muy cristiano Rey de Francia y de Navarra, Luis XII.

Su pasión por el acoso de reses contribuyó no poco a llevarle al sepulcro, pues su médico cirujano, Ambrosio Paré, publicó, al expirar el Monarca, «que había muerto por haber abusado y haberse fatigado sonando la trompa de caza de ciervo, lo que había debilitado su cuerpo pobre», afirmación que motivó que Brantôme preparase para su tumba estos dos versos:

Pour aimer fort Diane et Cytherée aussi
l'une et l'autre m'ont mis en ce tombeau ici.

Y ya que anteriormente pasamos de la caza de pluma a la de pelo, conviene separar las cualidades y diferencias entre ambas; en realidad no caben preferencias o predilecciones por la una o por la otra, pues si atractivos tiene aquella, emociones tiene ésta que la avaloran y la hacen deseable en grado sumo. El aspecto de crueldad de que parece revestida la continuada persecución de la res, desvirtúase considerando cuánto se pone en la batida de astucia y valentía, hasta llegar a cobrar la pieza. No son pocos los usos y preceptos en que ha de estar impuesto un monterero mayor, oficio, según Argote de Molina, «muy grande y muy principal», pues el cerrar las manchas, cubrir el aire, correr el monte, apostar escopetas y lanzar jaurías no son enseñanzas ni prácticas que se adquirieran sino llevadas de grande afición y aptitud para ello, perfección que le es dado alcanzar tan sólo al que cuenta con las cualidades de un Beltrán de la Cueva, de quien se afirma que poseía como nadie el arte de venar y montar, o un Martín Gil o un Diego Bravo, monteros ambos ensalzados por Alfonso XI y a los que presenta como modelos no igualados y de quienes tanto puede aprenderse en artes de venación como de cetrería, artes que, protegidas por una diosa, son equiparadas por Jenofonte al amor y la guerra, y así lo indica también el castellano proverbio cantando que

«En caza, guerra y amores,
por un placer, mil dolores.»

C. PALENCIA TUBAU



Una batida señorial de jabalíes en el siglo XVII.—Lámina de la misma colección.



ERASE un sultán que se desesperaba porque era viejo y ya nadie le temía. En sus mocedades había sido un conquistador formidable y se había pasado la existencia guerreando. De esta manera había amontonado inmensas riquezas en su palacio; había conseguido unir varios reinos al suyo, fabulosamente extendido, y, como solía reducir a sus prisioneros a la esclavitud, estaba admirablemente servido.

Pero ahora, a su vez, se veía vencido por los años, que aprovechaban la excelente ocasión para tomar un desquite.

Sus vecinos hacían, de vez en cuando, una incursión en su reino y se llevaban riquezas, prisioneros y alguna que otra provincia. Esto no quiere decir que se la llevaran debajo del brazo, sino que se instalaban en ella por derecho de conquista..., que es un derecho como otro cualquiera.

Estas bromas le sentaban horriblemente al pobre sultán; pero como no tenía ya fuerza y energía suficientes para ponerse al frente de sus tropas, no le quedaba otro remedio que resignarse y ver menguar poco a poco su reino, antaño vasto y poderoso.

Un día en que había ido de caza con su corte para distraerse, mató un jabalí enorme que hacía grandes estragos en la comarca. Entonces se le apareció una dama divinamente bella y suntuosamente ataviada, que parecía un hada, lo cual no tenía nada de particular, puesto que lo era en realidad.

—Soy el hada del bosque—dijo—; has matado a mi peor enemigo y quiero recompensarte. Dime cuál es tu más vivo deseo y te lo concederé en el acto.

—Mi más vivo deseo—exclamó el sultán—es poder defenderme contra mis enemigos.

—Pues bien—dijo el hada—; vuelve a tu palacio. En la sala de guardias encontrarás un ejército completo de soldaditos de plomo. Cuando quieras aniquilar un ejército enemigo te bastará con decirles: «Soldaditos, a la pelea!». Luego los tratarás como si fuese el ejército enemigo, y sólo con esto le derrotarás. Pero no utilices tus soldaditos más que con un fin noble o justo; de lo contrario podrías arrepentirte.

El sultán pronunció frases de agradecimiento, besó galantemente la mano del hada y volvió, más que corrió, a su palacio. En la sala de guardias había un ejército completo con más de mil soldaditos de plomo, perfectamente armados y equipados; no faltaba ni un caballo ni una bandera.

A los pocos días el sultán recibió el aviso de que el ejército de un sultán vecino se disponía a invadir su territorio. Esta vez se alegró, porque deseaba poner a prueba la eficacia de sus soldaditos encantados.

Y en efecto; tan pronto como el ejército enemigo pasó la frontera, el sultán subió a su sala de guardias y dijo en voz alta y clara: «Soldaditos, a la pelea!». Luego desmontó a todos los jinetes y atravesó con un alfiler a la mayoría de los soldados y de los jefes. Acto seguido envió un mensajero por noticias; el mensajero volvió diciendo que una reyería había estallado en el ejército enemigo, que se había retirado en desorden, dejando el campo sembrado de muertos y heridos.

Desde aquel día el sultán fué el más feliz de todos los sultanes habidos y por haber; tan pronto como su país era atacado subía a su sala de guardias y decía: «Soldaditos, a la pelea!», y, al punto, los jinetes que habían quedado desmontados cuando la batalla anterior, montaban a toda prisa sobre sus diminutos caballos; los soldaditos heridos volvían a encontrarse como por milagro las piernas y los brazos que les faltaban y los muertos resucitaban; entonces el sultán los maltrataba despiadadamente, y el país estaba salvado.

El sultán, siguiendo la advertencia del hada, no atacaba nunca; sólo empleaba sus bravos y microscópicos soldados para defender su país; y lo defendía tan bien, aunque sin gran trabajo, que los vecinos acabaron por cobrarle miedo y ya nadie se atrevía a atacar un reino que tales estragos producía en sus enemigos.

Y el sultán empezó a aburrirse, porque el manejar sus soldaditos de plomo le parecía muy divertido, y empezó a desear que llegasen las ocasiones de utilizarlos.

Un día se enteró de que había un rey que poseía riquezas inauditas y una hija cuya belleza superaba todo lo que la imaginación humana puede suponer. Y el sultán sintió despertarse en él una rabia atroz. ¿Qué le importaban ya sus riquezas, puesto que otro tenía más que él? ¿Qué le importaban sus innumerables esclavas, puesto que ninguna podía igualar en belleza a la hija de aquel rey?

Y, naturalmente, acabó pensando que sería necio no apoderarse de lo que tanto deseaba tener, puesto que los medios infalibles estaban en su mano.

Claro está que el hada le había recomendado no utilizar sus soldaditos más que con un fin justo y noble. Pero ¿es que los deseos de un sultán pueden no ser nobles y justos? Así pensaba aquel mal hombre, cegado por el orgullo y la codicia.

Y con estas buenas razones declaró la guerra al rey, subió a su sala de guardias y, después de exclamar: «Soldaditos, a la pelea!», aniquiló por completo al ejército de plomo.

Luego mandó que pusiesen un palanquín de ébano incrustado de brillantes y forrado de tisú de oro sobre un elefante blanco, que era una de las maravillas de la corte; montó en él y, seguido por una escolta de señores vestidos con deslumbrantes trajes de gala y montados sobre un centenar de elefantes magníficamente enjaezados, se dirigió hacia la capital del país que acababa de dejar sin ejército.

Como el rey no tenía ya quien le defendiese, fué un juego de niños el hacerle prisionero; el sultán se lo llevó maniatado y se llevó a la linda princesa y se llevó también cuantas riquezas le fué posible encontrar y coger.

Al volver a su país, hizo encerrar al pobre rey en un misero calabozo y, como se había enamorado perdidamente de la princesa, le ofreció casarse con ella y transformarla en la sultana más rica y más feliz del mundo. Pero la princesa le rechazó con odio y desprecio.

Desde aquel día el sultán se dedicó exclusivamente a hacer la corte a la dama. Le dió un sitio de honor en su palacio, y se pasaba casi todo el día arrodillado ante ella y suplicándole que le concediese su blanca mano; la princesa volvía la

cabeza hacia otro lado, sin dignarse constatar siquiera.

El sultán estaba tan ocupado en cortejar a la princesa que fué descuidando los asuntos del Estado, y el pueblo empezó a murmurar de aquel soberano que no le hacía el menor caso.

Lo más grave era que el gran visir fomentaba el descontento; un poco, porque era hombre justo y deseaba vengar a la princesa y a su padre, y un mucho, porque el viejo rey encarcelado le había prometido una recompensa espléndida en el caso de que lograra libertarle.

Y un día en que el sultán asistía a un espectáculo de bailarinas que había organizado para distraer a la princesa, un negrito entró a decirle que había estallado una revolución y que el pueblo amotinado quería invadir el palacio y matarle.

El primer sentimiento del sultán fué de molestia al ver el espectáculo interrumpido; el segundo fué de terror por lo que le podía suceder; el tercero fué de indignación por la osadía de sus súbditos, y el cuarto fué de tranquilidad al pensar en lo fácil que le sería dominar a los revoltosos.

Sin perder tiempo subió a su sala de guardias y exclamó con voz estentórea: «Soldaditos, a la pelea!» Pero, ¡oh, sorpresa!, los soldados permanecieron inmóviles, yacientes sobre la mesa en que estaban colocados; seguramente de todos ellos no había ni media docena que estuviesen ilesos y, por consiguiente, en estado de ser aniquilados de nuevo. El sultán creyó que no le habían oído y repitió, aunque con menos firmeza: «Soldaditos, a la pelea!» Pero los soldaditos no se movieron; por tercera vez, pero ya con voz temblorosa por el espanto, el sultán repitió: «Soldaditos, a la pelea!» ¡Nada! Entonces echó a correr escaleras abajo; se disfrazó precipitadamente con un traje de su cocinero y huyó por una puerta secreta que daba a un subterráneo, desde el cual le había de ser fácil llegar al bosque. Ya era tiempo; la multitud, armada

y enardecida, había invadido el palacio del sultán.

Al llegar al bosque, el sultán llamó desesperadamente al hada, y ésta acudió a su voz. Pero su cara estaba triste y severa cuando preguntó:

—¿Qué quieres?

—¡Oh, hada poderosa!—exclamó el sultán inclinándose hasta el suelo—; tú que tan bien me defendiste siempre contra mis enemigos, defiéndeme hoy contra mis propios súbditos.

—Ya es tarde—repuso el hada—. Tenías en tu mano una arma que te hacía poderoso; olvidaste mi recomendación, y pusiste el arma invencible al servicio de tu baja y ávida injusticia. Tú mismo has labrado tu desgracia. He podido defenderte contra tus enemigos; pero no he podido defenderte contra ti mismo, que eras el peor de todos.

Entonces el sultán huyó tan lejos, tan lejos, que ni siquiera sabemos adónde fué a parar. Nadie le ha vuelto a ver.

Entretanto, el pueblo, capitaneado por el visir, libertaba al viejo rey encadenado y, después de devolverle sus riquezas y la corona de su imperio, le nombró sultán en lugar del otro.

La bella princesa se casó poco después con un príncipe bueno y valeroso, muy capaz de defender a su suegro en caso necesario.

El gran visir recibió la recompensa prometida, consistente en varios centenares de sacos llenos de oro y pedrerías, y siguió siendo gran visir.

Y el nuevo sultán, al encontrar los soldaditos de plomo e ignorando la virtud mágica que habían tenido en manos de su antecesor, los mandó componer y los regaló a sus nietos en cuanto los tuvo para que jugasen.

Y desde entonces los niños se divertieron en jugar con soldaditos de plomo que les regalan sus papás, aunque no sean príncipes, o sus abuelos, aunque no sean sultanes.

Magda DONATO

Dibujos de BARTOLOZZI.



COLÓN Y NAPOLEÓN, COMPATRIOTAS

LA VERDADERA CUNA DEL PRIMER ALMIRANTE

En Italia? ¿En España? ¿Dónde nació Colón? En algunos periódicos de Francia ha vuelto a suscitarse la vieja querrela.

Con los grandes hombres sucede así frecuentemente. Los historiadores y cronistas son a las veces un poco infantiles. Manifiestan terribles dudas, amontonan documentos, citas; escriben volúmenes detallados para decirnos al final que las pruebas definitivas no existen o que entre muchas se ignora la verdadera.

¿Importan esas pruebas? La vida de los hombres es lo efímero y vano; importan las obras que perduran. Lo esencial es el descubrimiento de las Indias. De interés secundario son los otros episodios y noticias. Pero el hombre es pasión y mezquindad. Promueve querellas por cosas lejanas, y al través de la discusión los ánimos se exaltan. El patriotismo juega graciosamente en estos altercados de hombres sapientes y doctos.

Preciso es confesar que estas polémicas seducen. Un día se nos asegura que las obras de Shakespeare no las escribió Shakespeare; que el *Diálogo de las lenguas* no es de Juan Valdés; que existen dos auténticos cráneos de Descartes: uno en Cristianía y el otro en París...

Claro que en la Historia hay un severo juez—además de la juguetona Clío—que recoge lo esencial para formular síntesis de épocas y valores de humanidad.

¿Quién dijo primero que Colón nació en Génova? Lo dijo un historiador genovés, Giustiniani, hombre entusiasta del portentoso descubrimiento que quiso hacer a Colón compatriota suyo. D. Fernando Colón, hijo del primer almirante, escribió la vida de su padre. Y D. Fernando tenía a Giustiniani en pésimo concepto: «Le falta conciencia, y no se puede tomar en serio lo que dice...» Estas palabras son significativas. ¿Cómo interpretarlas? ¿Debemos creer que Colón no nació en Génova o que D. Cristóbal guardaba resentimiento y enojo hacia su país natal, enojo y resentimiento que contra Italia heredó D. Fernando? ¿Pero tantos pueblos de Italia se disputan el nacimiento de Colón! Génova, Savona, Nervi Cuccaro, Oneglia, Bugiasco, Pradella, Tinalé, Co-goletto... En alguna de estas ciudades hasta se hicieron grabar inscripciones encomiásticas recordando a Colón: *Fuit hic lux prima Columbo.* Como el mundo civilizado de entonces envidiaba a la imperial España, los historiadores, ya que no las Indias, quisieron robarlos a Colón. Los políticos y mercaderes, en cambio, despreciaron a Colón y nos fueron, poco a poco, robando las Indias.

Un italiano, Bertoloni, se olvidó del impostor Giustiniani. En aquel tiempo se escribían elogios de caballeros. Hoy no, aunque preciso es confesarlo, se crean caballeros por el elogio. Bertoloni, comentando los hechos del *cavaliere* Ippolito Durazzo, decía: «El primero en proclamar que Colón nació en Génova fué Durazzo, noticia que unos atribuyeron a Girolamo Serra y otros al padre Spottorno.» Pero, claro, después de estos amables historiadores, contemporáneos de Colón, vinieron los Toglietta, Humboldt, Irving, Casoni, San-Guineti, De Bry, Harrise, Winsor, Goodrich, Robertson, el abate Cancellieri y Navarrete; citemos a uno español para citar a alguien veraz... (No crea el lector que hemos compulsado las obras

de esos historiadores; somos periodistas nada más; sabemos que existen esas obras, y nos basta.

Es de admirar cómo surgían en Italia y Portugal familias Colones, vestigios de Colones. Paupérrima vida, así como Cervantes, tuvo D. Cristóbal. El contaba grandezas, soñaba cosas muy altas; pero sus íntimos sabían que era hijo de un humilde tejedor. Sin embargo, a fines del siglo XVI, ¿no vino a España un Bal-

feudales y paganos césares de eburneo triclinio?

«En ningún país de la Liguria nació mi padre—dice D. Fernando—; como a los apóstoles, Dios le llamó del seno de los mares y de los ríos y no de las torres y los palacios.»

Demos por bueno el que naciera en Italia. Olvidemos que en Galicia hubo Colones, familias Colones, y que muchos gallegos tienen a D. Cristóbal como a su

to si que puede creerse) y que mira al infinito del mar. Aún más. Un abate, Martín Casanova, de la villa de Pioggio-la, ha contribuido no poco, revolviendo archivos y registros, para descubrir que Colón nació en Calvi. Ha de advertirse que pudo Giubega determinar la casa solariega de Cristóbal Colón porque los registros de Calvi, civiles, parroquiales y de la hermandad, la mencionan desde el año 1530 hasta el 1784. Ya casi vamos a convencernos, porque además se han hallado unas *Memorias*, que escribió un contemporáneo de Colón, el padre Denis de Corte, y en las cuales se lee: «*Calvii natum Columbum.*» Pero ¿por qué se le creía genovés? ¡Ah, bien fácil! Colón nació del año 1436 al 1448; hay distintas opiniones. En esa época, Córcega pertenecía a los estados de Génova. De ahí el que se le tuviera por genovés.

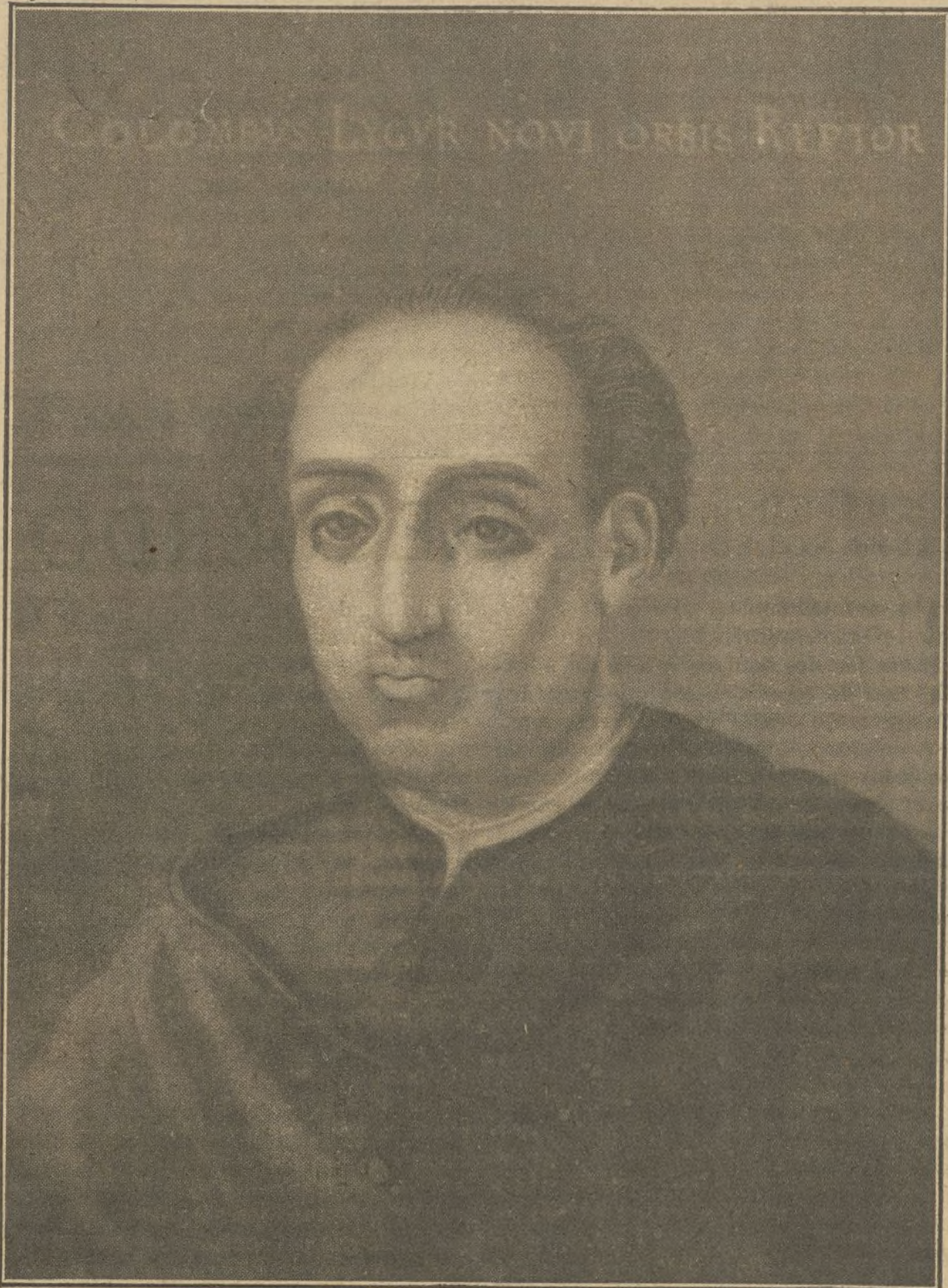
Los que comparten esta opinión de Giubega afirman que Colón llamó a varios de sus compatriotas corsos para que le acompañasen en España, tales como los hermanos Minucci, Antonio Vincentelli, los Magnara, Battaglini...; citan textos de Licia, del poeta Gregorio Sobrini, unas líneas de la Enciclopedia, pasajes de Amrigo Arrighi, etc. A Francia se dirigen exposiciones para que a la memoria de Colón se erija un monumento Y...

El año 1877 el mundo se conmovió. En la isla de Santo Domingo se representó una brillante farsa italiana. El obispo de Oroppe, fray Roque Cocchia, afirmó que había descubierto en la catedral de Santo Domingo (isla de) los verdaderos restos de Cristóbal Colón, que el Gobierno de España suponía, desde el año 1796, trasladados de dicha ciudad a la catedral de la Habana. Era Cánovas presidente del Consejo. Apenas se recibieron en España los documentos que probaban el curioso hallazgo, Cánovas los remitió a la Academia de la Historia para que informara. La docta Corporación comisionó para el caso a D. Manuel Colmeiro. El Sr. Colmeiro, a la vuelta de un año, presentó un informe, todo ciencia, erudición, justa crítica y ardiente patriotismo, deshaciendo al pobre fray Roque y a cuanto dominicano había intervenido en la contienda. Quedó sentado para siempre que los verdaderos restos de Colón se hallaban en la Habana.

No sabemos lo que sucederá en el mundo cuando il *signore*—perdón, le *monsieur*; los corsos de hoy son franceses—Pietro o Pierre Giubega, con la ayuda del abate Casanova—otro abate, no el licencioso—y de cronistas como Lorenzi de Bradi, publique su libro acerca de la verdadera patria de Colón y nos dé a conocer el acta de nacimiento del primer almirante, la casa de Calvi donde pasó su niñez, amén de otros detalles pintorescos acerca de los antiguos estados de Génova. Quizás en Calvi se erija un monumento al glorioso navegante frente a otro de Napoleón; quizás el Sr. Dato, imitando a Cánovas, ruegue a la Academia que nos informe o que se traslade a Cabri una comisión para bien enjuiciar el asunto.

Y ya bien convencidos de la verdadera patria de Colón, el Sr. Dato, luego de oír y entender de la Academia de la Historia, debe, no haciendo caso de historias francesas o italianas, en nombre del Rey, de España y sus Indias, declarar a Cristóbal Colón primer gallego entre los navegantes y primer navegante entre todos los gallegos.

Francisco de LLORCA



Los historiadores norteamericanos e ingleses sostuvieron escépticamente, durante la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de las Indias, que del primer almirante Cristóbal Colón existían muchos retratos, pero ningún retrato. Don Juan Pérez de Guzmán impugnó esa teoría y demostró que el que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, del cual es copia este que publicamos, es el único auténtico de Colón.

tassare Colombo, señor del Cuccaro, aspirando a la herencia y títulos del Duca de Veragua, concedido por el Emperador Carlos a D. Luis Colón, nieto de don Cristóbal?

¿Fué patricio, fué plebeyo el Descubridor? Para nosotros los hombres escépticos y filósofos—no toda filosofía equivale a excepticismo—fué patricio. Claro es que los antiguos, al escribir los hechos de sus príncipes—gente principal por sus obras—tuvieron muy en cuenta esa cuestión de la cuna y nacimiento. ¿No dijeron de Alejandro el Macedón que descendía de Hércules? De Julio César, ¿no afirmaron que descendía de la diosa Venus? ¿Por qué no suponer a Colón descendiente de señores

más esclarecido compatriota. Tampoco advertimos que Colón fué a las Indias en calidad de español y luego de prometer mil veces un mundo nuevo para la Corona de España. Y lleguemos a la noticia sorprendente: Colón es compatriota de Napoleón; nació en Calvi (Córcega). Los corsos de hoy se llaman franceses. Colón es, pues, una gloria de Francia, como lo es Napoleón.

Y no se trata de una fantasía. Aseguran los que apoyan ese parecer, que no sólo posee M. Pierre Giubega las pruebas irrefutables, es decir, el acta de nacimiento de Cristóbal Colón, sino que se sabe en qué casa nació—una morada al final de la calle Colombo, en otro tiempo de los Tejedores, casa ya en ruinas (es-

EVOCACIONES LITERARIAS

VALLE-INCLÁN O EL PRIMOR

Primor de estilo y primor de pensamiento, señorío de letras y alma, ningún contemporáneo español iguala a Valle Inclán. De más puro linaje intelectual, no empaña el claro espejo de su obra ni un hálito de bastardía.

Poeta, cuentista, novelista, dramaturgo, conversador, didáctico, su opulencia mental no tiene la vasta crasitud del advenedizo, sino la magnífica, aristocrática del prócer.

Es una conjunción feliz de la exuberancia y el rango, un mayorazgo de las letras. En su genealogía literaria admiramos al Pródigo y al Anacoreta, al tipo santuoso de Baltasar de Castiglione y al tipo demacrado y penitencial de Tomás de Kempis. Como los monjes de Piccolomini, compone estrofas a las cortesanas y a los tullidos. Como nuestro D. Alvaro, lleva espada bajo el sayal.

En su ruidoso advenimiento le apadriñan el caballero Casanova y el Condestable Barbey D'Aurevilly. Es la audacia, la galantería, el desdén. Pasea sus gudejas y sus cuellos altos por la Puerta del Sol con la brisa impertinencia que el Condestable su famosa «redingote» por la calle Real.

Fué entonces cuando le saludó Rubén con la graciosa reverencia de aquel soneto:

Este gran don Ramón, de las barbas de chivo,
cuya sonrisa es la flor de su figura...

Trae debajo del brazo sus «Femeninas», donde las gracias caprichosas de «La niña Chole» van primorosamente calzadas con las botinas de Emma Bovary. Irrumpe en Fornos, aun adormilado por el «Madrid cómico», despertándolo y asombrándolo de paradojas. Es un enviado de Europa, un embajador del porvenir.

La desperdigada juventud agrúpase en torno de su mesa como en torno a un púlpito. Y él, enfático, retador, ceceante, planea sobre el mármol sus ataques contra lo viejo. Diríase Benvenuto, planeando, en Santangelo, la defensa del Papa contra los españoles...

Su historia literaria es una lozanísima renovación. En su gesto de precursor le acorralan el Filisteísmo y la Gazmoñería. Pero contra todos, como don Juan, tiene ánimos y osadía. Con Rubén, Benavente y Gómez Carrillo comienza la Cruzada modernista. Son los días heroicos de «Revista Nueva», donde Ruiz Contreras organiza una vanguardia ilustrada. Las tardes, tumultuosas y polémicas, del café Madrid. Las noches, deliciosamente petulantemente, de Fornos.

Son también las escapadas bohemias al escenario, los ensayos de «Juan José» y de «La fierecilla domada», el «debut» en «La comida de las fieras» y el estreno de «Sacrificios». Por entonces, «Adega» y «Lucifer», dos cuentos refulgentes y limpidos, como dos «solitarios» en las orejas de una dama, anuncian la admirable orfebrería de las «Sonatas».

Las «Sonatas» son joyas renacentistas engarzadas con un arte perfecto a la diadema melancólica. La última «Sonata», el último amor, preludian el advenimiento de una renovación espiritual. El novelista, heraldo de la madurez, cruza el puente de tránsito a la Tradición. Aparece, como un rey de armas, «Romance de lobos». Sigue el cortejo prócer de «Águila de blasón», «Gerifaltes de antaño», etc. Los temas se ennoblecen y vigorizan. El estilo se dignifica por la austeridad. Es como si Walter Scott novelase el «Romancero».

La escena participa de honores líricos tan altos como «Cuento de abril», el lindo paje de sacendencia sespriana; como esa molieresca «Rosálinda», soñada por Musset y galanteada por Darío; como esas admirables «Voces de gesta», lanzadas, en advocación a Sófocles, por el Rey Carlino para llamar, en la senda trágica, a la «Monna Vanna», de Maeterlinck, y al «Marco Grático», de D'Annunzio.

Esos Duarcas de las letras intentan arrancar a la Superstición sus secretos. Maeterlinck escribe «Interior»; D'Annunzio, «La hija de Yorio». Valle Inclán crea «El embrujado». Luego, como Parménides, los Duarcas interrogan al Más Allá. Maeterlinck, en «La intrusa» y en «La muerte». D'Annunzio, en sus profundas «Cartas sobre la muerte de Juan Páscoli». Valle Inclán, luna de estos soles, en «El yermo de las almas» y «La lámpara maravillosa». La órbita literaria de este sistema es recorrida por nuestro insigne autor conforme a la gravitación espiritual inmutable. La guerra, que oscurece en sus comienzos a Maeterlinck y dora el inmortal crepúsculo de D'Annunzio,

atrae con sus fascinaciones a Valle Inclán. Enviado de EL IMPARCIAL, visita las trincheras y oye el rumor heroico de los aeroplanos. En folletines memorables, donde alcanza el estilo toda la nerviosa elegancia del periodismo nuevo, Valle Inclán es como un aeda del sur-exprés de las ametralladoras, de los tanques; del calavera, en uniforme de «polu»; de la cocota, en traje de la Cruz Roja.

Luego, un gesto de confusión y fatiga por la fatigosa y confusa paz. Van disipándose fantasmas. Valle Inclán, como tantos desencantados, siente ansias de renovación. ¿Qué hay detrás de la inmensa hoguera rusa?

Entretanto, trabaja. Reverdece el laurel de mocedad con los deliciosos funambulismos dibujados por el humo de «La pipa de Kif»; con esas «tablas primitivas» de «El pasajero»; con farsas tan encantadoras como «La cabeza del Dragón» o «La enamorada del rey»...

¿Cuántos volúmenes? ¿Veinte? ¿Treinta? Las «Opera Omnia» tienen la madurez, pero también la animación de una vendimia. Por doquiera desbordan poesía sus volúmenes como las canastas ramosos. Y todavía, en la heredad del lozano espíritu, se extiende el plantío sin cosechar, como aquellos que, en las «Geórgicas», arrancan la sonrisa bonachona de Virgilio.

Cristóbal de CASTRO

: CUENTOS : ESPAÑOLES

EL RECUERDO

Qué animadísimo!... ¿Verdad?

—¡Como nunca!

Entre las dos amigas hizo un silencio, uno de esos silencios que preceden siempre a los virajes de la conversación...

Y en los salones del restaurante de moda los *maitres d'hotel* seguían sirviendo el chocolate, el *consommé* o el *champagne*; las bandejas de *sandwichs* y de pasteles circulaban por las mesas, y el sexteto de zingaros seguía arrullando en sus violines un vals muy vienes...

Carolina, la *Ofelia* espiritual de los ojos inmensamente azules y el cutis de nácar, exclamó de súbito, como si hubiera aprisionado un recuerdo que revolotease invisible en el artesonado del salón:

—Oye... ¿Y aquella mejicana, amiga tuya, casada con aquel muchacho diplomático, se separó de su marido, al fin?

Teresa, que curioseaba de soslayo uno de los veladores próximos, se volvió rápidamente.

—¡Ah..., sí, Mercedes Mariel! ¿Mejicana has dicho?... No; no era, mejor dicho, no es mejicana: es argentina...

—Muy guapa...

—¡Pues si la vieras ahora!...

—¿No está tan guapa?...

—¡Qué disparate!... ¡Lo que está es guapísima! Mucho más gorda..., un color precioso..., una alegría en la mirada... Lo de siempre: ¡que la felicidad embellece, y no hay manera de tenerla oculta!...

—Por lo visto, le ha sentado la separación...

—¿La separación?... ¡Si no se ha separado!

—¡Ah!... ¿No?...

—Yo creí que te había referido la historia... Una historia muy romántica. ¡Como que parece un capítulo de folletín!

—¡Ay, cuéntamela, cuéntamela!...

—Te he dicho ya alguna vez cómo se conocieron Mercedes Mariel y el que más tarde fué su marido, Enrique Olózaga?

—Se conocieron en Suiza, ¿no?...

—Sí, en Suiza, en lo más alto de una

montaña, de esas que llegan a las nubes, en un Sanatorio de tísicos...

—Pero ¿estaba ella tísica?

—Y él también!... Verás: Allí se vieron... se miraron y... se atracaron juntos de oxígeno y de sol. Fué un *flirt* originalísimo y muy poético, según cuenta Mercedes...

—¡Naturalmente! Se confiaron sus tristezas, sus mutuos dolores, sus mutuas esperanzas de vivir...

—Todo eso..., aproximando cada día un poquito más las butacas y prolongando los confidenciales y melancólicos discretes...

—¿Y se curaron los dos?

—¡Al revés! Hicieron la locura definitiva: ¡a de casarse y venir a España. Seis o siete meses estuvieron en el quinto cielo de la dicha... Pero, a los siete meses, recibió una carta de ella deplorable... «No soy feliz—me decía en un párrafo larguísimo—. Enrique me aburre y yo... estoy casi segura de que le aburro a él. He adoptado una resolución: vivir otra vez sola, vivir para mí exclusivamente. Dentro de unos días, muy pocos días, pediré la separación. ¡No puedo más!»

—¿Y se separaron?...

—¡Eso creí yo, eso supuse yo que había ocurrido, cuando me la encontré, no hace dos meses, en las Calatravas, al salir de misa... «¡Estás como no has estado nunca!... ¡Te encuentro buenísima y guapísima!»—le dije—. «¡Sí—me contestó riendo—, estoy muy bien, muy bien; curada en absoluto. ¡Curada, así, como sueña!» Entonces aludí discretamente a su fracaso matrimonial. «Y de él, ¿sabes algo?... ¡Se estará divirtiendo por ahí..., como todos los *mariditos* que se escapan de la *jaula*!»—le dije—. Quedóse mirando ella con asombro y, echándose a reír como una descosida, me dejó helada con esta exclamación: «¡Pero si no nos hemos separado nunca; somos felicísimos!» ¡Te aseguro que la hubiera matado!...

—Entonces, ¿qué es lo que pasó entre ellos?

—¡Hija mía!... ¡La historia, el capítulo de novela de que ya te hablé antes..., el amor..., la muerte..., la vida..., un jardín... y los dos tísicos!... ¡Qué encanto, qué poesía hay en todo ello!... Yo no soy tan sentimental, tan... soñadora como tú, ya lo sabes; pero conozco que la historia es interesante y que conmueve... Te la referiré tal y como Mercedes me la contó a mí. Suponte que es ella la que habla:

«... Pues sí; íbamos a separarnos... Yo me impuse y logré que Enrique me dejase en absoluta libertad de acción. Pero... un día, el día que celebrábamos la que iba a ser nuestra última entrevista, para hablar de asuntos de intereses, yo no sé cómo, él o yo, sin darnos cuenta, aludimos a un instante, a un recuerdo... que a ambos nos hizo inclinarse la frente y enmudecer... ¡Aquel recuerdo era!... ¡Te lo voy a confiar! Después de todo, no cometo con ello ninguna indiscreción! Somos amigas, dos amigas de veras... Escúchame. Fué... de recién casados. Nuestro amor era intensamente espiritual, todo ternura; amor de... moribundos que... no quieren morir. Para olvidar la muerte que se albergaba tibia en nuestros pulmones, viajamos primero y buscamos después el refugio imaginativo de una ilusión, en la luz y en el calor... ¡La juventud es fuerte, debilitada y todo! ¡Los dos somos jóvenes!... ¡Quién sabe!, nos decíamos sin desplegar los labios, a solas, en lo más recóndito de nuestro ser... Alquilamos un hotelito cerca de Málaga, en esa otra riente *Costa Azul*, con un cielo español... Una tarde, nos hallábamos en un gabinete soleadísimo que daba al jardín, con las persianas corridas. El sol, un sol de fuego, se metía por los espacios libres del varillaje en flechas de luz, caliente y vivificador... Enrique y yo, muy juntos, con las manos entrelazadas, sin hablarnos ni mirarnos, oíamos el alegre tumulto pía-dor de los gorriones, aspirando con ansia el perfume de los eucaliptos, que formaban una selva en el jardín... Yo murmuré en un éxtasis de satisfacción y de esperanza: «¡Qué sol..., qué aroma..., cuántos pajaritos! ¡Qué dicha poder amarse así!»... De pronto se oyeron unos cantos graves..., voces que salmodiaban..., lento rodar de un coche... ¡Era un entierro que pasaba por la calle!... ¡Bruscamente, la *Intrusa* se nos apareció... La muerte inmensa, que es frío, que es oscuridad..., que es misterio de misterios y angustia y lágrimas!... ¡Nosotros no veíamos más que la tapicería rosa del salón; pero ante nuestros ojos desfilaron visiones lúgubres, de agonizantes y de sepulturas... Nuestros dedos, que estaban enlazados dulcemente, se encrisparon ahora unos sobre otros. Los cánticos lúgubres eran como una ola negra que nos envolvía y nos sumergía... Como dos naufragos que se abrazan antes de morir, nos abrazamos los dos desesperadamente, convulsivamente... La vida se nos antojaba una luz próxima a extinguirse al menor soplo de nuestra propia respiración... ¡Y así, con la mirada fija, las frentes ardorosas, inmóviles y apretadas el uno contra el otro, permanecimos mucho tiempo, ¡mucho tiempo!, sintiendo «dentro de nosotros» la lucha atrozmente desesperada y sublime de todas las fuerzas del amor y de la vida con la Muerte... ¡Qué sobrehumano instante! Después..., poco a poco, vencieron la Vida y el Amor. Pero, ¡ay!, por eso mismo ya no podíamos separarnos. ¡El recuerdo de aquella hora trágica fué un lazo más que nos unió para siempre, y... aquí nos tienes, de por vida unidos! ¡El recuerdo de aquel momento!, ¿cómo hemos de olvidarlo ni él ni yo?»

CURRO VARGAS

LECTURAS

Traducida pulchramente por D. Juan de Castro, acaba de publicarse una obra notabilísima, la *Pequeña historia de la Gran Guerra*, de H. Vast, que ha obtenido merecidamente uno de los más ruidosos éxitos literarios de los últimos tiempos.

Es una exposición admirable y sintética de los antecedentes y desarrollo del más grande y trascendental conflicto

que registra la historia de la Humanidad. La situación de las principales potencias en los años que precedieron inmediatamente a la guerra; los opuestos intereses y aspiraciones morales que engendraron el magno conflicto; los culminantes e inolvidables acontecimientos de la lucha armada, en sus diversas fases y en sus múltiples teatros, y el examen de su radical y transformadora influencia en los futuros destinos del mundo entero, constituyen el contenido esencial de este libro, llamado, por otra parte, como obra que también es de pa-

sión y de propaganda de ideas, a promover, sin duda, grandes y ruidosas controversias.

novela de Alvaro Retana, titulada «Una noche de verano sin sueño».



AGUAS DEL INCIO

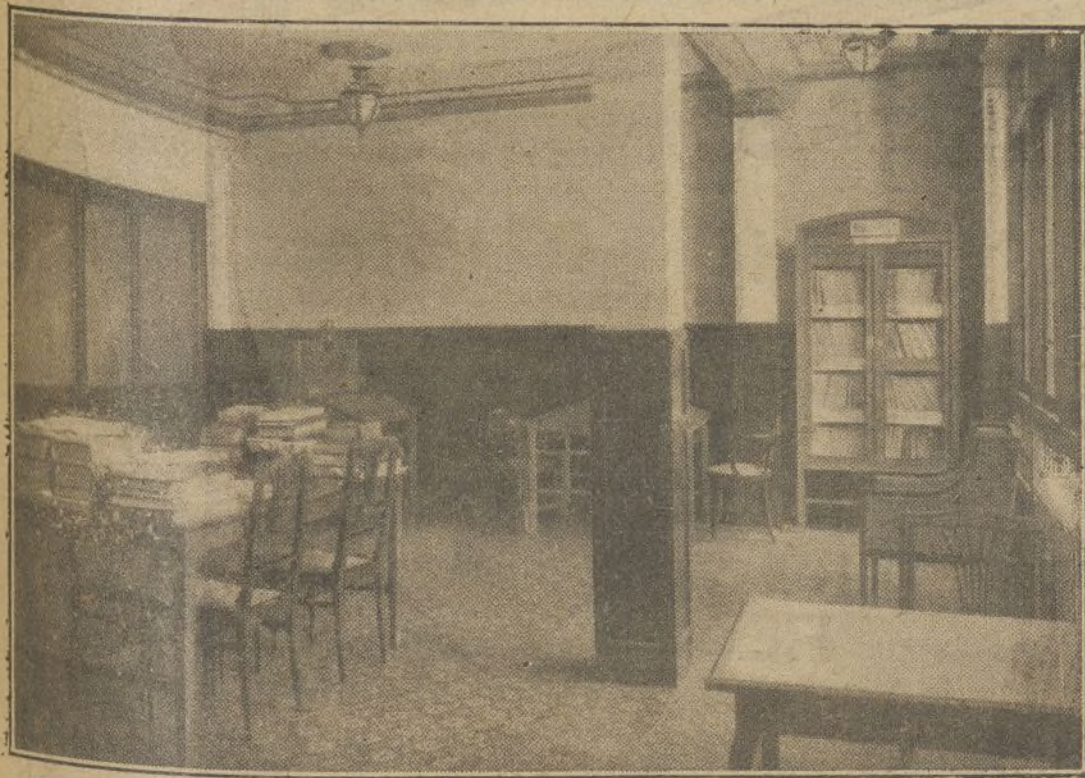


Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agota-

... miento nervioso.

BÓVEDA (LUGO)



Vista parcial de la Biblioteca de París.

Impermeables Xavier

(Marca registrada)

Sastrería y pañería. Única Casa en Asturias para uniformes militares. XAVIER MARTIN Universidad, 14; Sanz y Forés y Oviado

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.

CERVECERÍA SETIEN, DE SACRAMENTO LAFUENTE

Corrida, 11

GIJÓN

Casa especial en mariscos y bebidas de las marcas más acreditadas. Café puro moka.

Talleres tipográficos de EL IMPARCIAL. — Duque de Alba, 4. — MADRID

CASA RUIZ

PELETERÍA **FOURRURES**

Presenta espléndida colección de modelos en peletería fina.



ABRIGOS. - Nutria, Petit-gris, Kolinsky,
Topo y Visón del Canadá.

RENARDS. - Argenté, Croisé, Bleu,
Cendré, Alaska y otros.

CHALES. - Chinchilla, Armiño, Marta,
Skunghs, Petit-zivelina, etc.

POSTAS, 2

MAYOR, 7 Y 8

MADRID

CARLOS COPPEL

FABRICA DE RELOJES

Fuencarral 27

Madrid

**DEPÓSITO DE
LOS RELOJES
DE PRECISIÓN
M.Z.A**

**CERTIFICADO
DE GARANTIA
CON CADA
RELOJ**

